

# DISCURSO

## SOBRE EL MÉTODO

### QUE HA DE SEGUIR LA RAZÓN

PARA BUSCAR LA VERDAD EN LAS CIENCIAS (1).

---

Si este discurso parece demasiado extenso puede dividirse en seis partes; en la primera encontrará el lector, diversas consideraciones relativas á las ciencias; en la segunda, las principales reglas del método; en la tercera, las reglas morales que el autor ha deducido de su método; en la cuarta, las razones que prueban la existencia de Dios y del alma humana, fundamentos de la metafísica; en la quinta, algunas cuestiones referentes al orden de los fenómenos físicos y especialmente la explicación de los movimientos del corazón y de algunas otras dificultades íntimamente relacionadas con la medicina; en esta parte también se trata de la diferencia que existe entre el alma racional y la de las bestias; la séptima y última parte, está dedicada á las condiciones requeridas para la investigación de la naturaleza y á las razones que han movido al autor á escribir este trabajo.

### PRIMERA PARTE

El buen sentido es una de las cosas mejor repartidas en el mundo; todos pensamos que lo poseemos en alto grado y hasta aquellas personas de natural descontenta-

(1) El *Discurso sobre el Método* apareció por primera vez en Leyden, año 1637, en 4º.

dizo y ambicioso, en todos los órdenes de la vida, creen que tienen bastante con su buen sentido y, por consiguiente, no desean aumentarlo.

← No es verosímil que todos se equivoquen; eso nos demuestra, por el contrario, que el poder de juzgar rectamente, distinguiendo lo verdadero de lo falso, poder llamado por lo general buen sentido, sentido común ó razón, es igual por naturaleza en todos los hombres; por eso la diversidad que en nuestras opiniones se observa, uno procede de que unos sean más razonables que los otros, porque, como acabamos de decir, el buen sentido es igual en todos los hombres; depende de los diversos caminos que sigue la inteligencia y de que no todos consideramos las mismas cosas.

Las almas más elevadas, tanto como de las mayores virtudes son capaces de los mayores vicios; y los que marchan muy lentamente, si siguen el camino recto pueden avanzar mucho más que los que corren por una senda extraviada.

Nunca he creído que mi espíritu es más perfecto que el del vulgo y con frecuencia he llegado á desear para mi espíritu cualidades que en otros he observado: rapidez en el pensamiento, imaginación clara y distinta, memoria firme y extensa. No conozco más cualidades que sirvan para formar un espíritu perfecto, porque la razón, característica del hombre, en cuanto por ella nos diferenciamos de las bestias, está entera en cada ser racional. En esto sigo la opinión común de los filósofos, que dicen que sólo en los *accidentes* hay *más ó menos* y de ningún modo en las *formas* ó naturalezas de los *individuos* de una misma *especie*.

No temo decir que tengo la fortuna de haber encontrado ciertos caminos que me han llevado á consideraciones y máximas, que forman un método, por el cual pienso que puedo aumentar mis conocimientos y elevarlos al grado que permitan la mediocridad de mi inteligencia y la corta duración de mi vida.

Y tales son los resultados que con ese método he obtenido, que yo, que siempre al hablar de mí mismo me he inclinado á la desconfianza de las propias fuerzas mucho más que á la persuasión y que considero vanas é inútiles casi todas las acciones y empresas de

los hombres, creo haber prestado un gran servicio á la causa de la verdad, y tan grandes esperanzas concibo para el porvenir, que pienso que si entre las ocupaciones de los hombres hay alguna verdaderamente buena é importante, es la que yo he elegido.

Posible es que me equivoque y tome por oro y diamantes lo que sólo es cobre y vidrio. Sé cuán sujetos estamos al error y cuán sospechosos deben parecernos los juicios de los amigos cuando nos son favorables. Pero quiero mostrar los caminos que he seguido y representar mi vida como en un cuadro, á fin de que cada cual juzgue y el conjunto de opiniones me sirva, por lo menos, como medio de instruirme, rectificando errores y reafirmando lo que de verdadero haya en mi exposición de ideas.

Mi propósito no es enseñar el método que cada uno debe adoptar, para conducir bien su razón; es más modesto; se reduce á explicar el procedimiento que he empleado para dirigir la mía. Los que dan preceptos se estiman más hábiles que los que los practican, y por eso la más pequeña falta en que aquellos incurran, justifica las críticas y censuras que contra ellos se hagan. Escribiendo en forma de historia, ó si os parece mejor, en forma de fábula, en la que podáis encontrar ejemplos que imitar al lado de otros que deban ser olvidados, espero que mi trabajo sea útil á algunos, para nadie perjudicial y que todos agradecerán mi sinceridad.

Desde mis años infantiles he amado el estudio. Desde que me persuadieron de que estudiando se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de lo que es útil á la vida, el estudio fué mi ocupación favorita. Pero tan pronto como terminé de aprender lo necesario para ser considerado como persona docta, cambié enteramente de opinión porque eran tantos y tan grandes mis errores y las dudas que á cada momento me asaltaban, que me parecía que instruyéndome no había conseguido más que descubrir mi profunda ignorancia. Y, sin embargo, yo estaba en una de las más célebres universidades de Europa, en contacto con hombres sabios, si es que los hay en la tierra; aprendí todo lo que ellos sabían, y no satisfecho con las ciencias que

me enseñaron, estudié los libros que trataban de las más raras, de las menos exploradas por los hombres de estudio. Observaba los juicios que sobre mí hacían los profesores y noté que no se me consideraba inferior á mis condiscípulos, y eso que algunos de éstos sucedieron á nuestros maestros, lo cual prueba que no carecían de talento. Nuestro siglo me parecía más fértil de grandes inteligencias que ninguno de los precedentes. Todo esto me inducía á juzgar á los demás por mí mismo y á pensar que no había en el mundo una doctrina capaz de satisfacerme por completo, de darme la certidumbre á que mi espíritu aspiraba.

α Á pesar de este desencanto, no dejaba de estimar y practicar los ejercicios de las clases. Sabía que las lenguas que en ellas se aprenden, son necesarias para comprender los libros antiguos; que la graciosa sencillez de las fábulas, despierta el espíritu; que los hechos memorables de la historia, lo elevan é interpretados con discreción, ayudan á formar el juicio; que la lectura de los buenos libros, es como una conversación con los hombres más esclarecidos de los siglos pasados, una conversación estudiada, que sólo descubre lo mejor de todo lo que se ha pensado; que la elocuencia posee una energía y una belleza incomparables; que la poesía tiene delicadezas y dulzuras que nos subyugan; que las matemáticas abundan en muy sutiles invenciones, que tanto sirven para contentar á los curiosos, como para facilitar las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos relativos á las costumbres contienen muchas enseñanzas y exhortaciones á la virtud, sumamente útiles; que la teología nos muestra el modo de ganar el cielo; que la filosofía nos da el medio de poder hablar de todas las cosas y de que nos admiren los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las demás ciencias proporcionan honores y riquezas á los que las cultivan; y, finalmente, que es conveniente conocerlas todas, hasta las más supersticiosas y falsas, á fin de apreciarlas en su justo valor y no incurrir en errores frecuentes.

No obstante, yo creía que había dedicado ya bastante tiempo á la lectura de libros antiguos, de historias y de aventuras novelescas. El conversar con los

que vivieron en otros siglos y el viajar, vienen á ser lo mismo. Muy útil es saber algo de las costumbres de los distintos países, á fin de juzgar rectamente las nuestras y no calificar de ridículo todo lo que se oponga á ellas, que es lo que hacen los que no han visto nada.

— Pero cuando se viaja mucho, se llega á ser extranjero en el país natal, y cuando es grande el entusiasmo por las cosas de los siglos que pasaron, se desconocen las de éste. Esto ocurre con mucha frecuencia.

Además, las narraciones novelescas nos llevan á pensar, como posibles, acontecimientos que no lo son, y los más escrupulosos historiadores, si no cambian ó aumentan el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, omiten casi siempre las circunstancias menos notables y atractivas, y de aquí que lo que nos cuentan no es en realidad lo que parece, y los que ajustan sus costumbres á los modelos que sacan de esas lecturas, caen en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas, y conciben designios que no están al alcance de sus fuerzas.

— Admiraba la elocuencia y la poesía me encantaba, pero creía que tanto una como otra eran más bien dones del espíritu que frutos del estudio. Los que tienen vigoroso el razonamiento y digieren bien las ideas, á fin de hacerlas claras é inteligibles, pueden siempre persuadir, aunque no sepan retórica y se expresen en un dialecto de poca importancia y áspero al oído; los que tienen gran fuerza de imaginación y saben expresar sus imágenes con galanura, serán poetas excelentes aunque el arte poético les sea desconocido.

Las ciencias matemáticas eran las que más me agradaban, por la certeza y evidencia de sus razonamientos; pero no comprendía todavía su verdadera aplicación, y al pensar que no servían más que á las artes mecánicas, me admiraba de que sobre tan firmes y sólidos fundamentos no se hubiera edificado algo de mayor trascendencia que esas artes mecánicas. En cambio, siempre que leía los escritos de los antiguos paganos, relativos á las costumbres, se me ocurría compararlos á palacios soberbios, magníficos, edificados sobre barro y arena; elevan demasiado las virtudes, las presentan como lo más sagrado que en el mundo

existe, pero no enseñan á conocerlas lo bastante, y con frecuencia aquello que designan con tan bello nombre, no es más que una insensibilidad ó un orgullo exagerado, ó una sombría desesperación ó un abominable parricidio.

Estudiaba asiduamente nuestra teología y aspiraba, tanto como el que más, á ganar el cielo; pero como me habían enseñado que el camino que á él conduce tan abierto está á los ignorantes como á los doctos, y que las verdades reveladas son inasequibles á nuestra inteligencia, no me atrevía á someterlas á la debilidad de mis razonamientos; creía que para acometer la empresa de examinarlas era necesario un auxilio extraordinario del cielo y ser algo más que un hombre.

Nada diré de la filosofía, pero sí haré constar la impresión que en mi ánimo produjo. Al ver que la habían cultivado las inteligencias más elevadas de todos los siglos, y á pesar de ello nada quedaba fuera de discusión, libre de duda, no tuve la presunción de conseguir lo que hasta entonces nadie había conseguido. Consideré las innumerables opiniones que acerca de una misma cosa pueden tener los sabios, vi que todas ellas se encuentran con frecuencia muy lejos de la verdad y desde aquel momento creí falso, ó poco menos, todo lo que se presentaba á mi inteligencia aun con el carácter de verosímil.

Las otras ciencias tomaban sus principios de la filosofía, y sobre fundamentos tan poco sólidos nada podía construirse. Ni el honor ni el provecho que hubieran de producirme, eran incentivos suficientes para que yo las estudiara; no necesitaba hacer de la ciencia una profesión para aliviar mi estado económico; tampoco quería la gloria obtenida con tan falsos títulos.

Las pseudo-ciencias me inspiraban menor crédito si cabe; las conocía lo bastante para no dejarme engañar por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago ni por los artificios ó la vanidad de los que pretenden saberlo todo no sabiendo nada.

Por esas razones en cuanto me liberté de la tutela intelectual de mis preceptores, abandoné el estudio en los libros, y decidido á no buscar más ciencia que la

que en mí mismo ó en el gran libro del mundo pudiera encontrar, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en frecuentar el trato de personas de muy diverso carácter y condición, en recoger datos y observaciones de todo lo que veía y en reflexionar sobre todas las cosas, de modo que de estas reflexiones sacara siempre algún provecho, alguna enseñanza por pequeña que fuera.

Me parecía que había de encontrar más verdad en los razonamientos que cada uno hace sobre lo que le interesa, que en los que hace un sabio en su gabinete sobre especulaciones que para él no tienen más consecuencia que el efecto que en su vanidad produzca el juicio de los demás. Con una particularidad: que la vanidad del sabio se sentirá tanto más halagada cuanto más se aparten sus conclusiones del sentido común, porque habrá tenido que emplear más ingenio y habilidad para presentarlas al dictamen del público con alguna verosimilitud.

Me impulsaba un imperioso deseo de aprender á distinguir lo verdadero de lo falso para juzgar con claridad de mis acciones y caminar rectamente por la senda de la vida.

— Verdad es que cuando consideraba las costumbres de los hombres nada encontraba de cierto, porque existía tanta diferencia entre ellas como entre los sistemas y opiniones de los filósofos. Aprendí á no creer con demasiada firmeza en lo corroborado únicamente por el ejemplo y la costumbre, porque vi muchas cosas que pareciéndonos á nosotros muy extravagantes y ridículas, otros pueblos han recibido y adoptado hasta con entusiasmo. De este modo dispé de mi espíritu muchos errores y prejuicios, que ofuscan nuestras luces naturales y nos hacen menos capaces de oír la voz de la razón.

— Después de algunos años de estudio en el libro del mundo, adopté un día la resolución de estudiar en mí mismo y de emplear todas mis fuerzas espirituales en elegir los caminos que debía seguir. Y creo haber obtenido más éxito con este procedimiento que con los libros de los sabios y la experiencia de los viajes. 24

## SEGUNDA PARTE

Con motivo de las guerras, que aun no han terminado, estuve en Alemania algún tiempo. Después de la coronación del emperador, emprendí el viaje de vuelta, á fin de reunirme á mi ejército; pero el invierno que comenzaba entonces, me obligó á hacer un alto en el camino, y no encontrando un compañero que amenizara las horas con una conversación ingeniosa, me encerré en mi habitación y me entregué por completo á mis pensamientos.

Había observado yo con bastante frecuencia que las obras compuestas de varias piezas y hechas por varias personas, no son tan perfectas como las ejecutadas por una persona. Las construcciones edificadas por un solo arquitecto son más bellas y sistemáticas que las levantadas por varios, aprovechando paredes ó cimientos que estaban destinados á otros fines. Las antiguas ciudades, que en un principio fueron caseríos y poco á poco han ido transformándose hasta llegar á su estado actual, son mucho más irregulares que esas poblaciones que, creadas por una exigencia más ó menos imperiosa ó con un fin más ó menos importante, se han desarrollado en muy poco tiempo, por obra de los esfuerzos armonizados de una sola generación. Las calles de las primeras, son desiguales y tortuosas, como si fuera el azar, y no la voluntad de los hombres, el que las ha colocado así. Las calles de las segundas, son más simétricas, trazadas con arreglo al mismo plan.

— Del mismo modo los pueblos que se han ido civilizando poco á poco y haciendo sus leyes á medida que los crímenes lo exigían, no están socialmente tan bien organizados como aquellos otros que desde el principio se reunieron en asambleas y decidieron observar las constituciones de algún sabio legislador. Fijemos la vista en la religión y veremos el orden admirable que todo en ella lo preside; Dios es el gran legislador, y

— por eso nadie más que él puede establecer preceptos. Y si ese ejemplo nos parece muy elevado pongamos el de cualquier pueblo. Esparta en otro tiempo fué famosa y su estado no podía ser más floreciente; la explicación de su prosperidad no se encuentra en la bondad de cada una de sus leyes en particular, porque muchas eran hasta opuestas á las buenas costumbres. La causa de su florecimiento la hallamos en que uno fué el que hizo todas aquellas leyes, y, por consiguiente, tendían á un mismo fin.

— Siguiendo la corriente de las ideas, pensaba yo que las ciencias de los libros — por lo menos aquellas cuyos razonamientos no son más que probables y por tanto carecen de demostración — se forman con ideas de diversas personas; por eso no están tan cerca de la verdad como los juicios que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido, sobre las cosas y sobre los hechos que se presentan á su consideración.

Si todos hemos sido niños antes de ser hombres, si han sido los meros apetitos sensitivos y los preceptores los que han gobernado nuestra vida en su primer período, y si unos y otros nos han aconsejado muchas veces, sino lo peor tampoco lo mejor, claramente se ve la imposibilidad de que nuestros juicios sean tan puros y tan sólidos como serían de haber estado en el entero uso de nuestra razón desde el momento de nacer, y de habernos guiado siempre por sus dictados.

✓ Cierto es que nunca hemos visto derribar todas las casas de una ciudad con la intención de rehacerlas de otra manera para que las calles fuesen más bonitas; pero sí vemos que muchos las derriban para reedificarlas y en ocasiones no tienen más remedio que hacerlo así por el grave peligro que corren los que las habitan si los muros son ruinosos ó los cimientos poco sólidos.

Digo esto porque yo me propuse arrancar de mi espíritu todas las ideas que me enseñaron, para sustituirlas con otras si mi razón las rechazaba ó para reafirmarme en ellas si las encontraba á su nivel. Creía firmemente que por este medio obtendría mejores resultados que edificando sobre viejos fundamentos y apoyándome en principios aprendidos en mi juventud, sin examinar si eran verdaderos. Esta labor tenía sus

dificultades, pero no eran invencibles ni comparables á las que se oponen á la reforma de las cosas relativas á los intereses comunes. Los grandes cuerpos son difíciles de levantar una vez caídos y de sostener cuando van á caer; estas caídas tienen que ser muy violentas. Las imperfecciones de esos cuerpos son más soportables que sus cambios; por eso los grandes caminos que avanzan entre montañas, á fuerza de frecuentarlos, llegan á parecernos tan llanos y tan cómodos, que creeríamos loco al que en vez de seguirlos quisiera ir más recto al punto de llegada, saltando por las rocas y descendiendo por los precipicios.

Por tales razones nunca prestaré mi conformidad á esos espíritus inquietos é impacientes, que sin las condiciones requeridas para el manejo de los negocios públicos, siempre piensan en llevar á cabo alguna reforma; si yo supiera que en este trabajo hay algo que se halle en contradicción con las ideas que acabo de exponer, me arrepentiría de haberlo publicado. Trato de reformar mis pensamientos, sólo los míos; mi propósito es el de levantar el edificio de mis ideas y de mis creencias sobre un cimiento exclusivamente mío. Si mi obra me ha agradado lo suficiente para que me decida á presentaros el modelo, no por eso trato de induciros á que me imitéis. Posible es que algunos tengan propósitos más elevados que los míos; seguro, que muchos calificarán de atrevido mi designio. La resolución de deshacerse de las ideas recibidas, para sustituirlas por otras depuradas en el tamiz del propio juicio y de la propia razón, no es ejemplo que todos deban imitar.

— La mayor parte de los hombres son de las dos clases siguientes : unos, creyéndose superiores á los demás, juzgan de todo con mucha precipitación, y no son dueños de la suficiente paciencia para ordenar sus pensamientos é investigaciones : si dudan de los principios que ya les dieron formados y se apartan del camino vulgar, nunca podrán encontrar la senda que los conduzca á la verdad, y permanecerán toda su vida alejados de ella; otros, modestos hasta el punto de creer que no son capaces de distinguir lo verdadero de lo falso y que hombres superiores á ellos les indicarán el

verdadero camino, se limitan á seguir las opiniones de sus maestros. Ni á unos ni á otros conviene tomar el ejemplo, que vean en mi obra.

✓ Por lo que á mí respecta, hubiera pertenecido á la segunda clase de las dos en que por lo general se dividen los hombres, de no haber tenido más que un solo maestro ó de no haber podido apreciar las diferencias que han existido siempre entre las opiniones de los más doctos.

✓ Pero ya en el colegio aprendí que nada por raro y extravagante ha dejado de ser defendido por algún filósofo. En mis viajes observé que gentes que piensan y sienten de modo distinto al nuestro, nada tienen de salvajes y son tanto ó más inteligentes que nosotros; consideré que un mismo hombre educado desde su infancia entre franceses ó alemanes, es completamente distinto á como sería si hubiera vivido entre chinos ó caníbales, y que hasta las modas de nuestros trajes acusan la misma variedad: lo que nos agradó hace diez años, y tal vez nos agrade dentro de muy poco tiempo porque un capricho infundado lo resucite, ahora nos parece extravagante y ridículo. En suma, que más que un conocimiento verdadero y cierto, es la costumbre y el ejemplo lo que nos persuade. Sin embargo, la pluralidad de opiniones no es prueba de valor decisivo, cuando se trata de verdades difíciles de alcanzar, por que es más verosímil el que un hombre las encuentre, que no un pueblo, que al unísono haya dirigido su inteligencia colectiva por el camino recto que eleva á la definitiva consecución de la verdad. Por esa causa yo no quería adoptar las opiniones de un sabio con preferencia á las de otro y aspiraba á conducirme sin necesidad de guía.

← Hombre solo que marcha en las tinieblas, resolví andar con tanta lentitud y circunspección que ya que avanzara poco evitara al menos el peligro de caer. Antes de desechar alguna de las antiguas opiniones que habían penetrado en mi espíritu, sin el detenido examen de la razón, empleaba bastante tiempo en formar el proyecto de la ardua empresa que acometía y buscaba el método apropiado para llegar al conocimiento de las cosas, objeto de mis investigaciones. ....

➤ En mi juventud había estudiado la lógica, como parte de la filosofía, y el análisis geométrico y el álgebra, como parte de las matemáticas; y creí que podían contribuir á la realización de mis propósitos. Pero me previene contra los peligros que estas ciencias encierran para el observador. La Lógica con sus silogismos, más que para aprender las cosas, sirve para explicarlas al que las ignora ó — como el arte de Raimundo Lulio — para hablar de ellas aunque no las conozcamos. Cierto es que contiene preceptos muy verdaderos y muy útiles, pero con éstos se mezclan otros que si no son perjudiciales, por lo menos son superfluos; y pretender separar unos de otros es tan difícil como sacar una Minerva ó una Diana de un bloque de mármol que no haya sido bosquejado siquiera.

➤ El análisis de los antiguos y el álgebra de los modernos se refieren á materias muy abstractas y de ninguna aplicación. Además, el análisis, restringido á la consideración de las figuras, tiene el inconveniente de que fatiga mucho la imaginación al ejercitarse el entendimiento. En cuanto al álgebra, de tal modo nos somete á ciertas reglas y cifras, que en lugar de una ciencia que cultiva el espíritu, es un arte confuso y obscuro que detiene la labor intelectual.

➤ Fundado en estas consideraciones comprendí la necesidad de buscar otro método que reuniendo las ventajas de los tres anteriores estuviera exento de sus defectos.

Así como la exagerada multiplicidad de las leyes es con frecuencia excusa de las infracciones, y del mismo modo que los Estados mejor organizados son los que dictan pocas leyes, pero de rigurosa observancia, creí que, en lugar de los numerosos preceptos que contiene la lógica, bastaban cuatro reglas, pero cumplidas de tal modo que ni por una sola vez fueran infringidas bajo ningún pretexto.

1 regla ➤ El primero de estos preceptos consistía en no recibir como verdadero lo que con toda evidencia no reconociese como tal, evitando cuidadosamente la precipitación y los prejuicios, y no aceptando como cierto sino lo presente á mi espíritu de manera tan clara y distinta que acerca de su certeza no pudiera haber la menor duda.

2<sup>o</sup> El segundo, era la división de cada una de las dificultades con que tropieza la inteligencia al investigar la verdad, en tantas partes como fuera necesario para resolverlas.

3<sup>o</sup> El tercero, ordenar los conocimientos, empezando siempre por los más sencillos, elevándome por grados hasta llegar á los más compuestos, y suponiendo un orden en aquellos que no lo tenían por naturaleza.

4<sup>o</sup> Y el último, consistía en hacer enumeraciones tan completas y generales, que me dieran la seguridad de no haber incurrido en ninguna omisión.

5<sup>o</sup> Esas largas cadenas de razonamientos, tan sencillos y fáciles, de que se sirven los géometras para sus demostraciones más difíciles, me hicieron pensar que todas las cosas susceptibles de ser conocidas se relacionaban como aquellos razonamientos, y que con tal no se reciba como verdadero lo que no lo sea y se guarde el orden necesario para las deducciones, no hay cosa tan lejana que á ella no pueda llegarse ni tan oculta que no pueda ser descubierta.

6<sup>o</sup> No tuve que reflexionar mucho para saber el punto de partida; ya conocía que ese punto era lo más fácil, lo más sencillo. Consideré que entre los que hasta entonces se habían consagrado á la investigación de la verdad científica, sólo los matemáticos pudieron hallar algunas demostraciones, es decir, razones ciertas y evidentes, que por lo menos me servirían para acostumar á mi espíritu á las verdades demostradas con toda certeza y á rechazar los errores y sus falsas apariencias.

7<sup>o</sup> No se crea por esto que intenté aprender todas las ciencias particulares, conocidas comúnmente con el nombre de matemáticas; me fijé en que, siendo diferente su objeto, coinciden, sin embargo, en las diversas relaciones y proporciones que en ellas encontramos. Por esto pensé que lo que á mi propósito convenía, era el examinar en general esas proporciones, no suponiéndolas más que en las cosas cuyo conocimiento hicieran más fácil, y de este modo simplificaba la investigación y la ampliaba cada vez más al extender á otras cosas la aplicación de aquellas verdades matemáticas, ciertas y evidentes. No perdí de vista que no bastaba

un examen general de las proporciones y relaciones comunes á todas las ciencias matemáticas. Habría que verlas en particular, y hasta procurando conjuntos armónicos. Para considerarlas en particular del modo más adecuado á su sencillez y á la claridad de la comprensión, las supuse líneas geométricas. Para considerarlas en conjunto era conveniente que las representara por cifras. Por este procedimiento pondría á contribución el análisis geométrico y el álgebra y corregiría los defectos con las ventajas que su uso me reportaræ.

La exacta observación de esos preceptos me dió tal facilidad para resolver las cuestiones relacionadas con esas dos ciencias, que á los dos ó tres meses de estudiarlas no sólo encontraba en cada verdad una regla para descubrir otras menos sencillas, no sólo resolví cuestiones que en otros tiempos me parecieron complicadísimas, sino que hasta llegué á poder formar juicio de otras desconocidas para mí, determinando el procedimiento más á propósito para resolverlas por completo.

Si os parezco exageradamente vanidoso, tened en cuenta que siendo una, sólo una, la verdad de cada cosa, el que la encuentra sabe todo lo que puede saber. Si un niño hace una suma según las reglas de la aritmética, ese niño, por lo que á la suma se refiere, ha encontrado todo lo que el espíritu humano puede encontrar. El método que enseña á seguir el orden verdadero, el camino recto y á conocer con exactitud todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo aquello que da certeza á las reglas de la aritmética.

Lo más ventajoso de este método era, á mi juicio, la seguridad de que mi razón intervenía como principalísimo elemento en la labor científica, desechando prejuicios y rutinas, preocupaciones tradicionales y errores arraigadísimos, que obscurecen la inteligencia, interponiendo un velo entre ella y la verdad. Practicando este método mi espíritu se habituaba paulatinamente á concebir más clara y distintamente la realidad de las cosas; y no sometiéndolo á ninguna materia ó ciencia particular podía aplicarlo con la misma utilidad á vencer las dificultades que me ofrecieran otras ciencias. No es que yo quisiera examinarlas todas y asentar lo que de verdadero hubiera en cada una;

esto era opuesto al orden que me había propuesto seguir. Además, las ciencias toman sus principios de la filosofía y yo en ésta hasta entonces nada de cierto había encontrado.

Lo más racional era establecer los principios de la filosofía, labor difícilísima y de la mayor importancia. La precipitación y los prejuicios podían malograrla.

Pensé que no debía de intentar tamaña empresa hasta que hubiera alcanzado mayor experiencia y serenidad de juicio que las que se poseen á la edad de veintitrés años; que la magnitud de mi intento requería una preparación larga y constante; que era preciso arrojar de un espíritu las falsas creencias que por costumbre ó por pusilanimidad se me habían impuesto; que el conjunto de muchas observaciones y experiencias debía ser la base de mis razonamientos; y, finalmente, que el ejercicio constante del método que me impuse, serviría para robustecer mi teoría.

### TERCERA PARTE

Antes de destruir la casa en que se habita, antes de reedificarla y buscar materiales y arquitectos que los empleen, es indispensable buscar otra casa para vivir cómodamente el tiempo que lo exija la construcción ó reedificación de la antigua. Algo parecido á esto tuve yo que hacer. Si la razón me dictaba la mayor irresolución en mis juicios, sus dictados no podían hacerse extensivos á mis actos. Para vivir desde entonces con tranquilidad, y sin que en mi conducta se reflejaran las incertidumbres de mi espíritu, formé para mi uso una moral provisional que no consistía más que en tres ó cuatro máximas que ahora voy á exponer :

— Por la primera me obligaba á obedecer las leyes y costumbres de mi país y á permanecer en el seno de la religión que Dios permitió me enseñaran en mi infan-

cia. Mi conducta debía ajustarse á la opinión de los más sensatos y prudentes, de entre todos los que me rodearan, porque no teniendo en cuenta mis opiniones, puesto que iba á someterlas al examen riguroso de la razón, nada más natural que siguiera el criterio de los más sensatos. Aunque entre los persas y los chinos, por ejemplo, haya hombres muy sensatos, tanto como entre nosotros, creí más útil fijarme en los que iban á vivir conmigo y seguir sus opiniones siempre que las informara la más exquisita prudencia.

— Me propuse observar, no sólo lo que decían, sino también lo que hacían los demás, porque, dada la actual corrupción de las costumbres, hay pocas personas que digan todo lo que creen, y algunas hasta lo ignoran, puesto que, siendo diferente la acción del pensamiento por la que se cree una cosa, de aquella otra por la que se conoce que se cree, nada es más verosímil que no se conozca lo que se cree.

Elegía de las múltiples opiniones la más moderada, porque las opiniones moderadas son las más cómodas en la práctica y acaso las mejores. Los excesos son perjudiciales, y eligiendo una opinión extrema corría el riesgo de alejarme demasiado del camino recto. Especialmente me prevenía contra todo lo que pudiera menoscabar mi libertad; bien está que para remediar la inconstancia de los caracteres débiles ó para asegurar el cumplimiento de pactos lícitos, se dicten leyes que tiendan á asegurar la persistencia de la voluntad en determinados órdenes, obligando á verificar tales ó cuales actos; pero como yo no veía nada en el mundo que permaneciese siempre en el mismo estado, y como me prometía reformar constantemente mis juicios en sentido progresivo, no quería cometer una falta gravísima contra el buen sentido obligándome á tomar por bueno, para siempre, lo que una vez reputé por tal cuando lo era y que con posterioridad dejó de serlo.

La segunda máxima de mi moral consistía en emplear en mis actos la mayor energía y firmeza de que fuera capaz y seguir las opiniones dudosas, una vez aceptadas, con la constancia con que seguiría las más evidentes. Los viajeros extraviados en un bosque no

deben detenerse ni elegir un camino para luego desandar y elegir nuevamente; deben, por el contrario, escoger el que les parezca conveniente, y seguirlo, sin volver la vista atrás, y si todos les parecen lo mismo, seguir uno cualquiera, pero sin retroceder un paso, porque si no llegan al sitio que desean, al menos ese camino les conducirá á lugar más seguro que el centro de una selva.

Cuando no está en nuestro poder el discernir la opinión verdadera, es necesario que nos inclinemos á la más probable, si queremos que los actos de la vida no sufran aplazamientos indefinidos é imposibles en muchos casos; y cuando no podamos determinar de qué lado están las probabilidades, hemos de decidrnos en algún sentido, y considerar la opinión que sigamos, no como dudosa, sino como cierta, y de este modo no vacilaremos al obrar. Por estas razones deseché los remordimientos y las indecisiones que inquietan con frecuencia á los débiles que practican como buenas cosas que luego juzgan malas.

Mi tercera máxima consistía en aspirar, más que á la fortuna, á vencerme, y más á cambiar de deseos, que á que el orden real se trastornara por dar cumplida satisfacción á mis veleidades. Quería habituarme á creer que sólo nuestros pensamientos nos pertenecen, á fin de no desear lo que no pudiera adquirir. Si nuestra voluntad no se inclina á querer más que las cosas que nuestro entendimiento presenta como posibles, es indudable que considerando todos los bienes fuera del alcance de nuestro poder, no sentiremos la carencia de ninguno, como no sentimos tampoco el no poseer el reino de Méjico ó el de la China; y haciendo de la necesidad una virtud, el deseo de la salud en el enfermo ó el de la libertad en el encarcelado, no será mayor que el que tengamos de una materia tan pura como el diamante para la composición de nuestro cuerpo, ó de alas para volar como las pájaros.

Confieso que son necesarios largos ejercicios y una meditación constante, para habituarse ó ver las cosas desde este punto de vista. En esto, creo yo, que consiste el secreto de los filósofos que supieron sustraerse al imperio de la fortuna y que, á pesar de pobreza y

dolores, llegaron á ser completamente felices. Considerando constantemente la limitación impuesta á nuestra débil naturaleza, se persuadieron de que únicamente nuestros pensamientos estaban dentro del poder de nuestras mezquinas facultades, y, por consiguiente, que ninguna afección debían inspirarnos las cosas, puesto que nada era nuestro, fuera de los pensamientos. Se creían más ricos y poderosos, más libres y felices, que los demás hombres, porque por muy favorecidos de la fortuna que sean estos hombres, nunca tienen todo lo que quieren.

Para coronar mi moral examiné las profesiones que suelen ejercerse en sociedad á fin de elegir la que mejor me pareciera; y, sin que esto sea desprestigiar las de los demás, pensé que la mejor profesión era la que ya practicaba, que la más noble misión del hombre consistía en cultivar la razón, y que, al consagrarme por entero á esta labor, debía avanzar cuanto pudiera en el camino de la verdad, siguiendo fielmente el método que me había impuesto.

Desde que comencé á emplear este método toqué los provechosos resultados de su aplicación y tales fueron los progresos, que con él logré conseguir, tantas las verdades que logré ver demostradas con su auxilio, que la satisfacción que mis investigaciones me producían no dejaban lugar ni tiempo para que me interesaran otras cosas.

Las tres máximas precedentes no estaban fundadas más que en mi propósito de continuar instruyéndome. Dios nos ha dado una luz natural para distinguir lo verdadero de lo falso y yo no me hubiera contentado un solo momento con las opiniones de otro sino hubiera formado el propósito de examinarlas á su debido tiempo, haciéndolas pasar por el tamiz de mi propio juicio; y no hubiera perdido mis escrúpulos al seguir-las si no hubiera creído que nada iba perdiendo y mucho menos la ocasión de encontrar otros caminos más rectos, en el caso de que el seguido no fuera el verdadero.

Supé limitar mis deseos al elegir un camino que me aseguraba la adquisición de todos los conocimientos de que yo era capaz, y de todos los verdaderos bienes

que se hallaban en mi poder. Nuestra voluntad quiere ó rechaza las cosas, según el entendimiento las califique de buenas ó malas; basta juzgar bien para obrar bien, y juzgar lo mejor que se pueda para hacer lo mejor, para adquirir las virtudes y con ellas los otros bienes asequibles á nuestra voluntad.

Por todo eso sentía yo aquella intensa satisfacción que llenaba por completo mi espíritu.

Después de asegurarme de las tres máximas que componían mi moral y de ponerlas junto á los artículos de la fe, cuyas verdades han sido siempre las más importantes para mí, creí que ya no había obstáculos para que acometiera con toda libertad la empresa de deshacerme de mis ideas y opiniones. Y creyendo que sacaría más partido de la comunicación con hombres de distintos países, que de la reflexión solitaria en la habitación caldeada por la estufa y atestada de libros, resolví viajar, y por espacio de nueve años, hoy aquí, mañana allá, traté de ser espectador más bien que actor de la comedia que en el mundo se representa; y reflexionando, en todas las materias, sobre lo que pudiera infundir alguna duda, procuraba desechar de mi espíritu creencias y preocupaciones antiguas, errores que sin darme cuenta habían tomado carta de naturaleza en mi pensamiento. No es que imitara yo á los escépticos que dudan por dudar y afectan hallarse siempre irresolutos, sino que al contrario, buscaba tierra firme, base sólida en qué fundar las afirmaciones de mi fe científica.

Al derribar un edificio, siempre se aprovecha algo para el que se ha de edificar después; al destruir en mi espíritu las creencias que carecían de fundamento, hacía diversas observaciones y adquiría datos que después me han servido para establecer proposiciones ciertas.

Me ejercitaba constantemente en el método que me impuse, y ponía especial cuidado en conducir mis pensamientos de conformidad con sus reglas. De cuando en cuando, dedicaba algunas horas á vencer las dificultades que podían ofrecerme las matemáticas y otras semejantes á éstas, separándolas de los principios de otras ciencias, principios que no me parecían suficien-

temente sólidos. Esto he hecho en algunos tratados que se publican en este mismo volumen (1).

Viviendo, al parecer, sin otra ocupación que la de pasar mis años tranquila y felizmente, y gozando con todos los entretenimientos y pasatiempos que para distraerse emplean las personas honestas y prudentes, no dejaba de hacer todo lo que estaba á mi alcance para la realización de mi designio, y aprovechaba todas las circunstancias que mis viajes incesantes me depa-  
raban, con más éxito que si, en lugar de dedicar nueve años á viajar, hubiera frecuentado el trato de hombres sabios y la lectura de libros famosos por su ciencia.

Pasaron esos nueve años y aún no había comenzado á buscar los fundamentos de alguna filosofía más cierta que la del vulgo. El ejemplo de muchos hombres de gran talento que no pudieron realizar el mismo propósito que yo quería ver convertido en hechos, me desanimaba y aumentaba las dificultades en mi imaginación. Y no hubiera comenzado tan pronto mi labor si no hubiese visto que algunos hacían correr el rumor de que el triunfo coronaba mis aspiraciones. No sé sobre qué fundamentaban esta opinión, ni si he contribuido á que tomara cuerpo con mis discursos, por confesar en éstos, con más sinceridad que la habitual en todos los escritores, mi ignorancia en muchas cosas y las razones que me hacían dudar en lo que otros estimaban como indudable. Nunca me jacté de la excele-  
ncia de ninguna doctrina.

Yo no podía permitir que se me tuviera por lo que no era; pensé que era preciso hacerme digno de la reputación de que gozaba; y este deseo me movió á alejarme de los sitios en que podían distraerme de mis trabajos. Me retiré á este país en donde la larga duración de la guerra ha hecho surgir un ambiente de paz tal, que los ejércitos sólo sirven para que las ventajas de la paz se saboreen con más seguridad. Aquí, en este pueblo fuerte y activo, más atento á sus propios intereses que á los del prójimo, en este pueblo serio, en el que ninguna de las comodidades conocidas en las grandes ciu-

(1) La *Dióptrica*, los *Meteoros*, y la *Geometría* aparecieron al principio en el mismo volumen que este discurso.

dades se echa de menos, he podido vivir tan solitario y retirado como en un desierto de los más apartados.

## CUARTA PARTE

No sé si debo hablaros de mis primeras meditaciones; son tan metafísicas y tan poco vulgares que, es seguro no serán del gusto de todos. Y, sin embargo, tal vez esté obligado á ocuparme de ellas para que podáis apreciar la consistencia de mis razonamientos.

Observé que, en lo relativo á las costumbres, se siguen frecuentemente opiniones inciertas con la misma seguridad que si fueran evidéntísimas; y esto fué precisamente lo que me propuse evitar en mis investigaciones de la verdad. Quería rechazar lo que me ofreciera la más pequeña duda para ver después si había encontrado algo indubitable.

▼ Como á veces los sentidos nos engañan supuse que ninguna cosa existía del mismo modo que nuestros sentidos nos la hacen imaginar. Como los hombres se suelen equivocar hasta en las sencillas cuestiones de geometría, consideré que yo también estaba sujeto á error y rechacé por falsas todas las verdades cuyas demostraciones me enseñaron mis profesores. Y, finalmente, como los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos, podemos también tenerlos cuando soñamos, resolví creer que las verdades aprendidas en los libros y por la experiencia no eran más seguras que las ilusiones de mis sueños.

▼ Pero en seguida noté que si yo pensaba que todo era falso, yo, que pensaba, debía ser alguna cosa, debía tener alguna realidad; y viendo que esta verdad: *pienso, luego existo* era tan firme y tan segura que nadie podría quebrantar su evidencia, la recibí sin escrúpulo alguno como el primer principio de la filosofía que buscaba.

▼ Examiné atentamente lo que era yo, y viendo que

podía imaginar que carecía de cuerpo y que no existía nada en que mi ser estuviera, pero que no podía concebir mi no existencia, porque mi mismo pensamiento de dudar de todo constituía la prueba más evidente de que yo existía — comprendí que yo era una substancia, cuya naturaleza ó esencia era á su vez el pensamiento, substancia que no necesita ningún lugar para ser ni depende de ninguna cosa material; de suerte que este *yo* — ó lo que es lo mismo, el alma — por el cual soy lo que soy, es enteramente distinto del cuerpo y más fácil de conocer que él.

✓ Después de esto reflexioné en las condiciones que deben requerirse en una proposición para afirmarla como verdadera y cierta; acababa de encontrar una así y quería saber en qué consistía su certeza. Y viendo que en el *yo pienso, luego existo*, nada hay que me dé la seguridad de que digo la verdad, pero en cambio comprendo con toda claridad que para pensar es preciso existir juzgué que podía adoptar como regla general que las *cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas* la única dificultad estriba en determinar bien qué cosas son las que concebimos clara y distintamente.

✓ Meditando sobre las dudas que asaltaban mi espíritu, deduje la conclusión de que mi ser no era perfecto, puesto que el conocer supone mayor perfección que el dudar. Quise saber donde había aprendido á pensar en algo más perfecto que yo y conocí con toda evidencia que esta era la obra de una naturaleza ó esencia más perfecta que la mía.

✓ En lo relativo al conocimiento de ciertas cosas, como el cielo, la tierra, la luz, el calor y mil más, ninguna dificultad me salía al paso, porque no observando en ese conocimiento nada que le hiciera superior á mí, podía creer, si era verdadero, que dependía de mi naturaleza, en cuanto esta encerraba alguna perfección; y si no era verdadero, que procedía de la nada, que ninguna base tenía, que estaba en mi espíritu por lo que en mi ser había de imperfecto.

✓ Pero no podía suceder lo mismo con la idea de un ser más perfecto que el mío; el que esta idea procediese de la nada, de la imperfección de mi naturaleza,

era imposible. Lo más perfecto no puede ser una consecuencia, una dependencia de lo menos perfecto y no hay cosa que proceda de la nada.

↳ La única solución posible era que aquella idea hubiera sido puesta en mi pensamiento por una esencia más perfecta que yo y que encerrara en sí todas las perfecciones de que yo tenía conocimiento.

↳ Si sabía de algunas perfecciones que no poseía, ya no era yo el único ser que existiera (permitidme que use con libertad los términos de filosofía aprendidos en las escuelas) sino que era preciso suponer otro más perfecto del cual yo dependía y del cual procedía lo que yo hallaba en mí; porque si hubiera existido solo, independiente de cualquier otro ser, teniendo en mí todo lo que participaba del Ser perfecto, hubiera tenido también, por la misma razón, todo lo demás que yo sabía me faltaba y hubiera sido infinito, eterno, inmutable, omnipotente — todas las perfecciones que observaba en Dios.

↳ Siguiendo el razonamiento que acabo de hacer, para conocer, en lo posible, la naturaleza de Dios no tenía más que considerar, en lo relativo á las cosas, si eran ó no una perfección. Estaba seguro de que las que argüían una imperfección no se daban en El; la duda, la inconstancia, la tristeza y todas las otras cosas, propias del ser imperfecto, no se encontraban en Él.

↳ Yo tenía ideas de muchas cosas sensibles y corporales; y aun admitiendo que soñara ó que era falso lo que veía ó imaginaba, no cabía negar que las ideas de esas cosas estaban en mi pensamiento.

↳ Había comprendido muy claramente que la esencia ó naturaleza inteligente es distinta de la corporal, que toda composición atestigua dependencia y, por consiguiente, que la composición es un defecto. Juzgué que en Dios no podía ser una perfección el estar compuesto de dos naturalezas, la inteligente y la corporal, y, por lo tanto, que no era un ser compuesto porque nada hay en El de imperfecto. Si en el mundo existían cuerpos ó naturalezas espirituales que no fuesen perfectas, dependerían del poder de Dios, de tal modo que no subsistirían sin El un solo momento.

↳ Quise, por un instante, indagar otras verdades; y

habiéndome propuesto para ello el objeto de los géometras, que yo concebía como un cuerpo continuo ó un espacio infinitamente extenso en longitud, anchura y altura ó profundidad, divisible en diferentes partes que podían afectar diversas figuras y tamaños y que podían ser cambiadas de lugar y posición—los géometras suponen todo esto en su objeto — recorri algunas de sus demostraciones más sencillas y no olvidé que esa certeza que todo el mundo les atribuye no se funda más que en el hecho de concebirlas con absoluta evidencia — y esta es la regla de que antes he hablado; nada había en ellas que me asegurase la existencia de su objeto: por ejemplo, yo veía claramente que suponiendo un triángulo, era preciso que sus tres ángulos fuesen iguales á dos rectas, pero no por esto veía algo que me diera la seguridad de que en el mundo existía un triángulo.

↳ Volvamos al examen de la idea que yo tenía de un Ser perfecto. Del mismo modo que en esta idea está comprendida la existencia del Ser perfecto, lo estaba en la concepción del triángulo la equivalencia de sus tres ángulos á dos rectas ó en la de la esfera la igualdad de las distancias de todas sus partes al centro. Tan cierta es la existencia del Ser perfecto como una demostración geométrica y aun es más evidente la primera que la segunda.

↳ La causa de que muchos crean que hay dificultades para conocer á Dios, está en que no saben elevar su pensamiento más allá de las cosas sensibles, y como están acostumbrados á no conocer más que lo que pueden imaginarse les parece que lo que no es imaginable no es inteligible. Enseñan los filósofos una máxima que es de perniciosas consecuencias. *Nada hay en el entendimiento que no haya impresionado antes á los sentidos.* Las ideas de Dios y del alma nunca han pasado por los sentidos; y los que quieren usar la imaginación para comprenderlas obtendrán los mismos resultados que si se sirven de los ojos para oír ó para oler. Por otra parte, ni el sentido de la vista ni el del oído, ni el del olfato nos aseguran por sí solos de sus respectivos objetos; ni la imaginación ni los sentidos nos asegurarían de nada si no interviniera el entendimiento.

↳ Si hay hombres que no están suficientemente per-

suadidos de la existencia de Dios y del alma, quiero que sepan que las cosas que ellos tienen por más seguras y evidentes, que hay ástros y una tierra y tales ó cuales objetos, son menos ciertas que la existencia de Dios y del alma. Cuando se tiene una seguridad moral completa, parece una extravagancia y una sinrarón la duda contra aquella metafísica certidumbre, más evidente aún, que lo que se funda en la base movediza de simples impresiones de la sensibilidad. ¿Por qué los pensamientos que nos asaltan durante el sueño son más falsos que los otros á pesar de ser tan vivos y tan lógicos como ellos? Los más grandes sabios del mundo, por mucho que estudien, no creo que den una razón suficiente para disipar esta duda, á no ser que presupongan la existencia de Dios.

¶ En primer término, la regla general que afirma la verdad de las cosas que concebimos muy clara y distintamente, se funda en que Dios existe, en que es un Ser perfecto y en que todo lo que hay en nosotros procede de El; de donde se sigue que nuestras ideas y nociones, puesto que se refieren á cosas reales y proceden de Dios en lo que tienen de claras y distintas, no pueden menos de ser verdaderas. Si, con frecuencia, nuestras ideas y nociones son falsas, la causa de su falsedad hay que buscarla en la confusión y obscuridad de que adolecen, porque no somos absolutamente perfectos.

✓ Si no supiéramos que lo que existe en nosotros de real y verdadero, se deriva de un ser perfecto é infinito, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, ninguna razón tendríamos que nos asegurara de que esas ideas poseen la perfección de ser verdaderas.

↳ Después de asegurarnos de la verdad de la regla que he establecido, seguridad que debemos al conocimiento de Dios y del alma, importa afirmar, que las ilusiones de los sueños no deben hacernos dudar de la verdad de las ideas que tenemos cuando estamos despiertos. Puede ocurrir que soñando nos venga á la mente una idea muy clara, por ejemplo : un geómetra que encuentra una nueva demostración. En este caso, el sueño del geómetra no impedirá que su idea sea verdadera. El error más ordinario en los sueños consiste en la repre-

sentación de diversos objetos, del mismo modo que hacen los sentidos exteriores; nada importa que esto nos dé ocasión de desconfiar de las ideas habidas durante el sueño, porque también podemos equivocarnos estando despiertos; los enfermos de ictericia lo ven todo amarillo, y los astros y otros cuerpos muy lejanos nos parecen mucho menores de lo que son.

↳ Lo mismo despiertos que dormidos nunca debemos persuadirnos más que por la evidencia de nuestra razón. Observad que digo *evidencia de nuestra razón* y no de *nuestra imaginación* ni de *nuestros sentidos*. Aunque vemos el sol muy claramente no por eso afirmamos que sea del tamaño de que lo vemos; podemos imaginar distintamente una cabeza de león en un cuerpo de cabra, y no por esto hemos de pensar que haya quimeras en el mundo.

↳ La razón, ya que no nos dicte la verdad ó la falsedad de lo que así percibimos, nos dice, al menos, que todas nuestras ideas ó nociones deben tener algún fundamento de verdad; porque no es posible que Dios, que es la perfección y la suma verdad, las hubiera puesto en nosotros siendo falsas.

↳ Nuestros razonamientos no son tan evidentes ni tan seguros durante el sueño como cuando estamos despiertos, á pesar de que frecuentemente la imaginación se exalta en el sueño mucho más que en la normalidad de la vida perfectamente consciente. Esto nos dice la razón; y también nos dicta que nuestros pensamientos no pueden ser siempre verdaderos porque no somos perfectos, y que lo que tienen de verdad, debe buscarse antes que en el sueño, en la realidad de la vida.

## QUINTA PARTE

Bien quisiera continuar aquí la exposición iniciada en la parte anterior y presentar la cadena de verdades que he deducido de las que primeramente he descu-

bierto; pero sería preciso que me ocupara de varias cuestiones muy controvertidas por los doctos — con los cuales no deseo discutir — y creo que será mejor que me abstenga de ello y que enuncie solamente aquellas verdades, á fin de que los sabios juzguen si á la generalidad de los lectores conviene conocerlas de un modo detallado.

✓ Siempre he permanecido firme en mi resolución de no suponer otro principio que el que he expuesto, para explicar la existencia de Dios y del alma, y de no recibir como verdadero sino lo que me pareciese más claro y más cierto que las mismas demostraciones de los geómetras. Sin embargo, me atrevo á decir que no sólo he encontrado un medio que me ha satisfecho por espacio de algún tiempo en lo relativo á las principales dificultades que se acostumbra á encontrar en la filosofía, sino también que he observado ciertas leyes establecidas por Dios en la Naturaleza, leyes de las cuales ha impreso tales nociones en nuestra mente, que, después de reflexionar sobre ellas con la debida atención, no podemos poner en duda su exacto cumplimiento en todo lo que existe ó se hace en el mundo. Al sacar las consecuencias de estas leyes, me parece haber descubierto varias verdades más útiles é importantes que todo lo que hasta entonces había aprendido y esperaba aprender.

He intentado explicar las principales en un tratado que algunas consideraciones de índole muy delicada me impiden publicar (1); no obstante, diré sumariamente lo que ese tratado contiene.

Tuve el propósito de exponer en él todo lo que yo creía saber, relativo á la naturaleza de las cosas materiales. Pero del mismo modo que los pintores, no pudiendo representar en un cuadro plano, con la misma exactitud, los diversos aspectos de un cuerpo sólido, eligen uno de los principales, y dejando en la sombra los demás, hacen que la vista del que contempla la figura, se los suponga — temiendo yo no poder ence-

(1) El *Tratado del Mundo y de la luz*, en el cual Descartes admitía el movimiento de la tierra. Fué publicado por Clerselier, diez y siete años después de la muerte del autor.

rtar en un tratado todo mi pensamiento, decidí exponer con amplitud lo que yo creía cierto sobre la luz y añadir alguna cosa acerca del sol y las estrellas fijas, puesto que de estas procede casi toda la luz, ocupándome también de los cielos que la transmiten; de los planetas, de los cometas y de la tierra, que la hacen reflejarse; y en particular de los cuerpos que están en la superficie de la tierra, ya que son coloreados, transparentes ó luminosos; y, por fin, del hombre, que es el espectador de todos esos fenómenos.

Para sombrear un poco este cuadro y poder decir más libremente lo que pensaba acerca de él, sin verme obligado á seguir ni á refutar las opiniones de los doctos, resolví dejar este mundo entregado á sus discusiones y hablar solamente de lo que ocurriría en uno nuevo, si Dios crease en los espacios imaginarios bastante materia para formarlo, y agitase desordenadamente las diversas partes de esta materia de modo que resultara un caos tan confuso como pudieran imaginarlo los poetas, no haciendo Dios otra cosa que prestar á la Naturaleza su ordinario concurso y dejar que se cumplieran las leyes que El ha establecido.

En primer término, describía esta materia y trataba de presentarla de tal manera que, excepción hecha de lo que tantas veces he dicho de Dios y del alma, nada hay tan claro y tan inteligible en el mundo, como aquella descripción. Suponía que en ella no había ninguna de las formas ó cualidades que tanta controversia producen en las escuelas, ni ninguna cosa cuyo conocimiento no fuera tan natural que no hubiera más remedio que afirmar su certeza.

Después, hacía ver cuáles eran las leyes de la naturaleza; y apoyando mis razonamientos en las infinitas perfecciones de Dios, trataba de demostrar la existencia de las que alguna duda podían ofrecer y de persuadir de que estas perfecciones son tales que aunque Dios hubiera creado varios mundos en todos ellos regirían las mismas leyes.

Como consecuencia de estas leyes, la mayor parte de aquel caos debía disponerse de cierto modo que la hiciera semejante á nuestros cielos; algunas partes de ese caos debían componer una tierra; otras, los pla-

netas y los cometas; y algunas otras, el sol y las estrellas fijas.

Al llegar aquí, me extendía en lo concerniente al objeto de la luz, explicaba ampliamente qué luz era la del sol y las estrellas fijas, cómo atravesaba en un instante los inmensos espacios de los cielos y cómo la reflejaban los planetas y cometas. También hablaba de la substancia, situación, movimiento y demás cualidades del cielo y de los astros; de suerte que todo lo que dijera de este mundo hipotético, fuera semejante en un todo á lo que hallamos en el que vivimos.

De aquellas consideraciones generales pasé á tratar de la tierra en particular. Aunque había supuesto que Dios no dió pesadez á la materia de que se formaba el mundo, sus partes tendían todas al centro con igual intensidad. Habiendo agua y aire en la superficie, y dada la disposición de los astros, principalmente la de la luna, debía producirse un flujo y reflujo, semejante en todas sus circunstancias al que vemos en nuestros mares, y cierta corriente del agua y del aire en la dirección de levante á poniente tal como la observamos en los trópicos. Luego explicaba la formación natural de las montañas, mares, ríos y arroyos; el yacimiento de metales en las minas; el crecimiento de las plantas en los campos; el origen de los cuerpos denominados compuestos; y como después de los astros, yo no conocía en el mundo más elemento que el fuego, que sirviera para producir la luz, procuraba hacer comprender claramente todo lo relativo á la naturaleza del fuego: cómo se produce, cómo se alimenta, cómo es que á veces hay calor sin luz y á veces luz sin calor, cómo puede á diversos cuerpos darles diversos colores y otras cualidades, cómo funde á unos y endurece á otros, cómo consume á casi todos ó los convierte en cenizas y en humo y cómo estas cenizas, por la sola fuerza de su acción, se convertían en cristal; esta transmutación de las cenizas en cristal me parecía la más admirable de cuantas se verifican en la naturaleza y la describía muy detalladamente y con extraordinario placer.

No es que yo quisiera inferir de todas estas cosas que el mundo había sido creado de aquel modo, porque mucho más verosímil es que Dios, desde un principio

lo ha creado tal como debía ser. Pero también es cierto — y esta es una opinión aceptada comúnmente por los teólogos — que la acción por la que el Ser supremo conserva al mundo, es la misma por la que lo creó; de modo, que, aunque El no le hubiera dado al principio más forma que la del caos, hay que suponer que al establecer las leyes de la Naturaleza, prestó á esta su concurso para que obrara como observamos que obra constantemente. Podemos, pues, creer — sin que por esto dudemos un solo momento del milagro de la Creación — que todas las cosas que son puramente materiales con el tiempo hubieran podido llegar al estado en que hoy las encontramos. La naturaleza de las cosas nos induce á creer como más lógico su nacimiento paulatino que su aparición súbita en el mundo.

De la descripción de los cuerpos inanimados y de las plantas, pasaba á la de los animales deteniéndome con particular cuidado en la de los hombres. (1)

No tenía yo los suficientes conocimientos para hablar del hombre con la misma filosofía empleada en los anteriores capítulos de mi tratado; no podía demostrar los efectos por las causas ni hacer ver por qué semillas y de qué modo la naturaleza debe producir los seres humanos.

Por estas razones me limité á suponer que Dios había formado el cuerpo de un hombre semejante á nosotros, tanto en la figura exterior de sus miembros como en la conformación interior de sus órganos, sin que entrara en su composición, otra materia que la que ya he descrito y sin animarle con un alma racional. Dios excitaba en el corazón del hombre así formado uno de esos fuegos sin luz — acerca de los cuales ya me había ocupado en un capítulo anterior — semejantes al que calienta el heno cuando se encierra antes de hallarse completamente seco ó al que hace hervir los vinos cuando se deja que la uva fermente.

Examinando las funciones que podían tener lugar en ese cuerpo, observaba que eran las mismas que se verifican en nosotros cuando no pensamos, cuando el alma — parte distinta del cuerpo — no contribuye con su

(1) Ved los *Tratados del Hombre y de la formación del feto*.

actividad intelectual á la realización de esas funciones que son las mismas que hacen nos asemejemos á los animales irracionales.

En ese supuesto, ninguna función de las que nos corresponden como hombres, encontraba en aquel cuerpo humano. En cambio, encontraba todas las funciones racionales y las explicaba con perfecta lógica, si admitía la existencia de un alma racional, unida al cuerpo por Dios (1).

Con el fin de que se aprecie de qué suerte trataba yo esta materia, voy á exponer aquí la explicación del movimiento del corazón y las arterias, porque siendo este movimiento el primero y más generalizado de los que se observan en los animales, juzgaremos por él de todos los demás.

Para que todos me entiendan es preciso que los profanos en anatomía, vean el corazón de un animal grande, que tenga pulmones, porque es muy parecido al corazón del hombre; en el de ese animal, base de nuestra experiencia, hay dos concavidades. La primera está en el lado derecho y á ella corresponden dos especies de tubos muy anchos: uno de ellos es la vena cava, principal receptáculo de la sangre, tronco del que son ramas las demás venas del cuerpo; el otro tubo es la vena arterial, mal denominada porque es una arteria, que nace del corazón y se divide en muchas ramas que van á los pulmones. La segunda concavidad está en el lado izquierdo y á ella corresponden también dos tubos tan anchos ó más que los anteriores: el primero es la arteria venosa que recibe un nombre impropio, puesto que es una vena, viene de los pulmones y se divide en muchas ramas entrelazadas con las de la vena arterial y las del conducto respiratorio; el otro tubo es la gran arteria que sale del corazón y se ramifica por todo el cuerpo.

Sería preciso que esos profanos examinaran con detenimiento las once telículas que como otras tantas puertecillas, abren y cierran las cuatro aberturas de las dos concavidades: tres de las once están situadas á la entrada de la vena cava, dispuestas de tal

(1) Ved el *Tratado del Hombre*.

modo que no pueden impedir que la sangre que la cava contiene, llegue á la concavidad derecha del corazón é impiden que salga de éste; tres á la entrada de la vena arterial, permiten á la sangre que pase de la concavidad á los pulmones, pero no á la que está en los pulmones que vuelva á ellos; otras dos, á la entrada de la arteria venosa, que dejan correr la sangre de los pulmones hacia la concavidad izquierda del corazón, pero se oponen á su vuelta; y las tres últimas, á la entrada de la grande arteria, que permiten á la sangre salir del corazón pero no volver á él.

La razón del número de estas teliculas es bien sencilla : la abertura de la arteria venosa es ovalada, á causa del lugar donde se halla, y puede cerrarse perfectamente con dos; las otras aberturas son redondas y para estar bien cerradas necesitan tres.

La gran arteria y la vena arterial son de una composición mucho más dura y firme que la arteria venosa y la vena cava. Estas dos últimas se ensanchan antes de entrar en el corazón y forman como dos bolsas, llamadas orejas del corazón, de una carne parecida á la de éste.

Como observación importante, diré que hay más calor en el corazón que en cualquiera otro sitio del cuerpo y si alguna gota de sangre entra en las concavidades, la acción del calor hace que esa gota se dilate rápidamente lo mismo que todos los líquidos, cuando gota á gota caen en una vasija de temperatura muy alta.

Para dejar perfectamente explicado lo relativo al movimiento del corazón, he de advertir que cuando sus concavidades no están llenas de sangre, por la derecha pasa al corazón la de la vena cava y por la izquierda la de la arteria venosa; estos dos vasos están siempre llenos de sangre y como sus aberturas miran al corazón, no puede impedirse el paso de la sangre. Cuando de este modo penetra una gota en cada una de las concavidades, esas gotas, que son muy gruesas, porque las aberturas por donde entran son muy anchas y los vasos de donde vienen están llenos de sangre, se rarifican y se dilatan por el calor, inflan el corazón, empujan y cierran las cinco puertecillas situadas en las entradas

de los dos vasos de donde proceden las gotas, y rari-  
ficándose cada vez más, empujan y abren las otras  
seis puertecillas, situadas á la entrada de los otros dos  
vasos, inflan todas las ramificaciones de la vena arte-  
rial y de la gran arteria al mismo tiempo que el cora-  
zón, que se desinfla, lo mismo que estas arterias, en  
cuanto la sangre que ha entrado se enfría. Entonces,  
las seis puertecillas se vuelven á cerrar, las cinco de la  
vena cava y arteria venosa se vuelven á abrir, y dan  
paso á otras dos gotas de sangre que inflan de nuevo el  
corazón y las arterias. La sangre que entra así en el  
corazón, pasa por las bolsas llamadas orejas y por eso  
se explica que el movimiento de éstas sea contrario al  
de aquél y que cuando él se desinflen ellas se inflen.

Con el fin de que los que no conocen la fuerza de las  
demostraciones matemáticas y no están acostumbra-  
dos á distinguir las verdaderas razones de las que sólo  
son verosímiles ó probables, no se aventuren á regar  
todo esto sin examinarlo, quiero advertirles de que  
ese movimiento que acabo de explicar se deduce necesa-  
riamente de la sola disposición de los órganos, que se  
pueden apreciar á simple vista; del calor, que se puede  
experimentar tocando con los dedos; y de la natura-  
leza de la sangre, que se puede conocer por la obser-  
vación.

Si alguno pregunta porqué la sangre de las venas  
no se agota, puesto que de ellas pasa continuamente al  
corazón y porqué las arterias nunca se llenan, puesto  
que á ellas va toda la sangre que pasa por el corazón,  
contestaremos con las palabras de un médico de Ingla-  
terra, al cual hay que conceder el mérito de haber  
solucionado satisfactoriamente esta cuestión. Ese  
médico ha sido el primero que ha enseñado que en las  
extremidades de las arterias hay pequeños pasos por  
donde la sangre que reciben del corazón, entra en las  
ramificaciones de las venas y de éstas vuelve de nuevo  
al corazón; de suerte que ese curso no es más que una  
perpetua circulación. La prueba la hallamos en la  
experiencia ordinaria de los cirujanos. Cuando éstos  
atan con poca fuerza el brazo, por la parte superior del  
sitio en que abren la vena, la sangre sale con más abun-  
dancia que si no lo hubieran atado; lo contrario ocurre

si ponen la venda en la parte inferior entre la mano y el agujero ó si la atan fuertemente por la parte superior. Claramente puede verse que si bien la venda apretada débilmente impide que la sangre que está ya en el brazo vuelva al corazón por las venas, no por eso impide que vuelva por las arterias, situadas debajo de las venas, ni que la sangre que viene del corazón tienda con más fuerza á pasar por las arterias á la mano, que á volver al corazón por las venas. La piel que recubre á aquellas es más dura, más resistente que la de éstas y, por consiguiente, más difícil de oprimir. Puesto que la sangre, en el ejemplo que hemos elegido, sale del brazo por el agujero de la vena, lógico es suponer que debe haber algunos pasos debajo de la venda — en dirección á las extremidades del brazo — por los cuales pueda venir la sangre de las arterias.

Para probar lo relativo á la circulación de la sangre, el médico inglés habla de unas pequeñas cubiertas dispuestas de tal modo en diversos lugares á lo largo de las venas, que no la permiten pasar del centro del cuerpo á las extremidades y sí volver de éstas al corazón. Como si esto fuera poco, la experiencia nos muestra que todo lo que está en el cuerpo puede salir de él por una sola arteria, aunque esté ligada estrechamente, muy próxima al corazón y cortada por un sitio intermedio al corazón y la venda, es decir, suponiendo esa arteria en las condiciones necesarias para quitar la sospecha más pequeña de que la sangre que salga de ella venga de otra parte.

Pero hay otras cosas que atestiguan de que la verdadera causa del movimiento de la sangre es la que ya he dicho. La diferencia que se observa entre la que sale de las venas y la que sale de las arterias, procede de que al pasar por el corazón se ha rarificado y como destilado y por eso es más sutil y más viva y más cálida, después de salir del corazón — ó lo que es lo mismo, estando en las arterias — que antes de entrar en él — es decir, estando en las venas. Esta diferencia se observa mejor en los lugares próximos al corazón que en los alejados de él. Á mayor proximidad, mayor diferencia entre esas dos situaciones de la sangre.

Además, la mayor dureza de la piel ó cubierta de que

están provistas la vena arterial y la gran arteria, nos demuestra que la sangre choca con ellas con más fuerza que con las venas. Y ¿por qué la concavidad izquierda del corazón y la gran arteria son más anchas, más grandes que la concavidad derecha y la vena arterial sino por ser la sangre de la arteria venosa más sutil y por rarificarse con más facilidad que la que viene inmediatamente de la vena cava? ¿Qué pueden adivinar los médicos al tomar el pulso, si no saben que la sangre, según cambie de naturaleza, se rarifica por el calor del corazón con mayor ó menor intensidad y con mayor ó menor rapidez que antes?

Si examinamos cómo se comunica este calor á los otros miembros, tendremos que confesar que esta comunicación se efectúa por medio de la sangre que al pasar por el corazón vuelve á calentarse y se extiende por todo el cuerpo; por cuya razón si se quita la sangre de cualquier parte del organismo humano, se quita también el calor. Aunque el corazón fuese tan ardiente como un hierro al rojo, los pies y las manos estarían helados si no enviara constantemente sangre nueva.

De lo dicho se infiere, que el verdadero fin de la respiración es el de llevar aire fresco á los pulmones para hacer que la sangre que viene de la concavidad derecha del corazón, en la cual se ha rarificado y casi convertido en vapor, se espese y se convierta de nuevo en sangre, antes de caer en la concavidad izquierda. Si queremos confirmar lo que afirmamos basta con que nos fijemos en que los animales que carecen de pulmones no tienen en el corazón más que una concavidad, y en que los niños mientras están en el vientre de sus madres tienen una abertura, por la cual la sangre de la vena cava pasa á la concavidad izquierda, y un conducto, por el cual la sangre procedente de la vena arterial, va á la gran arteria sin pasar por el pulmón.

¿Cómo sería posible la cocción de los alimentos en el estómago, si el corazón no enviase calor por las arterias y la sangre no ayudase á disolver las viandas que ingerimos para la nutrición? ¿No se explica fácilmente la acción que convierte el jugo de los alimentos en sangre si consideramos que ésta se destila al pasar y

repasar por el corazón más de doscientas veces cada día? ¿No nos explicamos también la nutrición y la producción de diversos humores en el cuerpo por la fuerza con que la sangre al rarificarse pasa del corazón á las extremidades de las arterias, hace que algunas partes de esa sangre se pare entre las de los miembros en que se encuentran, y ocupen el lugar de que arrojan á otras, y que, según la situación ó la figura ó la pequeñez de los poros, unas llegan á ciertos lugares antes que otras, á la manera de cribas diversas que, agujereadas de distinto modo, sirven para separar unos granos de otros?

Lo más notable que hay en todo esto es la generación de los espíritus animados, que son como viento muy sutil, ó más bien como una llama muy pura y muy viva, que subiendo de continuo en gran abundancia del corazón al cerebro se comunica á los músculos por los nervios y da movimiento á todos los miembros, sin que tengamos que imaginar otra causa que haga que las partes de sangre más apropiadas para formar esos espíritus, puesto que son las más inquietos y penetrantes, se dirijan más al cerebro que á cualquiera otra parte del cuerpo porque las arterias que llevan esa sangre son las que vienen del corazón más en línea recta y según las reglas de la mecánica, que son las mismas que las de la naturaleza, cuando varias cosas tienden á moverse en el mismo sentido, y no hay espacio suficiente para todas, las más débiles son desviadas por las más fuertes que ocupan el lugar que para todas sería insuficiente — según esas reglas, las partes de sangre que salen de la concavidad izquierda, tienden al cerebro.

Todas estas cosas las explicaba detalladamente en el tratado que hace algún tiempo tuve el propósito de publicar. Exponía cuál debe ser la disposición de los nervios y de los músculos en el cuerpo humano, para que los espíritus animados que hay dentro de él tengan la fuerza de mover sus miembros; qué cambios se verifican en el cerebro para que se produzca la vigilia y los sueños; cómo la luz, los sonidos, los olores, los sabores, el calor y las demás cualidades de los objetos exteriores, pueden imprimir en nuestro cerebro diver-

sas ideas por el intermedio de los sentidos; como el hambre, la sed y las otras pasiones interiores, pueden también suscitar ideas; de qué modo son recibidas éstas por el sentido común y qué relación guardan con ellas la memoria, que las conserva, y la fantasía, que las modifica y las combina de diversas maneras.

También explicaba, fundándome en la distribución de los espíritus animados por el cuerpo, el movimiento de los diversos miembros del cuerpo y la variedad y adaptación de ese movimiento á los objetos que impresionan los sentidos, y á las pasiones que puede encerrar el organismo humano; y empezaba por referirme á los movimiento en que no interviene la voluntad, es decir, aquellos que son como una consecuencia de la disposición de los órganos, sin que la iniciativa psíquica del hombre sirva para llevarlos á cabo. La industria construye máquinas que se mueven empleando pocas piezas en comparación con la multitud de huesos, músculos, nervios, arterias, venas, etc. Si consideramos el cuerpo como una máquina, hemos de venir á la conclusión de que es mucho más ordenada que otra cualquiera y sus movimientos más admirables que los de las máquinas inventadas por los hombres, puesto que el cuerpo la sido hecho por Dios.

Y de este punto trataba en un estudio con más amplitud que de otros porque le adjudicaba una importancia realmente extraordinaria. Quería demostrar que una máquina con los órganos y la figura exterior de un ser humano y que imitase nuestras acciones en lo que moralmente fuera posible, no podía ser considerada como un hombre; y para ello aducía dos consideraciones irrefutables. La primera era que nunca una máquina podrá usar palabras ni signos equivalentes á ellas, como hacemos nosotros para declarar á otros nuestros pensamientos. Es posible concebir una máquina tan perfecta que profiera palabras á propósito de actos corporales que causen algún cambio en sus órganos — por ejemplo : si le toca en un sitio que conteste, lo que determinó contestara el autor de la máquina; — lo que no es posible, es que hable contestando con sentido á todo lo que se diga en su presencia, como hacen los hombres menos inteligentes.

La segunda consideración era que aun en el caso de que esos artefactos realizaran ciertos actos mejor que nosotros, obrarían no con conciencia de ellos, sino como consecuencia de la disposición de sus órganos. La razón es un instrumento universal, porque puede servir en todos los momentos de la vida; y esos órganos necesitan una particular disposición para cada acto. De aquí se deduce que es moralmente imposible que una máquina obre en todas las circunstancias de la vida del mismo modo que nuestra razón nos hace obrar.

Por cualquiera de las dos consideraciones expuestas se puede conocer la diferencia que existe entre los hombres y las bestias. No hay hombre, por estúpido que sea, que no coordine varios vocablos formando partes para expresar sus pensamientos; y ningún animal, por bien organizado que esté, por perfecto que sea, puede hacer lo mismo.

Y no procede esta incapacidad de la falta de órganos, porque la urraca y el loro pueden proferir palabras lo mismo que nosotros, y sin embargo no hablan del mismo modo, puesto que no piensan lo que dicen, y los sonidos que emiten no constituyen un lenguaje porque éste requiere un fondo que es el pensamiento. En cambio los sordomudos, privados de los órganos que los hombres empleamos para hablar, inventan una serie de signos para comunicarse con sus semejantes. Estos hechos nos indican, no que las bestias tienen menos razón que el hombre, sino que carecen por completo de ella, porque no se necesita tener mucha para saber hablar.

Por grande que sea la desigualdad entre los animales de una misma especie y entre los hombres, no es creíble que un mono ó un loro, los más perfectos entre los de su especie, iguallen á un niño de los más estúpidos ó que esté perturbado, á no ser que tenga un alma de distinta naturaleza que la nuestra, cosa inadmisibile. No hay que confundir las palabras con los movimientos naturales, que pueden ser imitados por máquinas y por animales, ni pensar, como los antiguos, que las bestias hablan, aunque nosotros no entendamos su lenguaje. Si eso fuera verdad, puesto que tienen órga-

nos semejantes á los nuestros, podrían hacerse entender de nosotros tan perfectamente como de sus semejantes.

También es digno de observación el hecho de que haya animales que muestran más habilidad que nosotros en algunas cosas. Muy cierto es esto, pero lo es también que en muchas otras no hacen gala de la misma disposición. El que realicen algo, mejor que nosotros, no nos prueba que tengan razón, porque si eso afirmáramos nos veríamos precisados á reconocer que la suya era mayor que la nuestra. Nos prueba, por el contrario, que carecen de ella y que es la naturaleza la que obra, según la disposición de sus órganos. Un reloj compuesto de ruedas y resortes, cuenta las horas y mide el tiempo con mucha mayor exactitud que nosotros, á pesar de nuestra inteligencia.

Después de tocar este punto tan importante, me ocupaba en un tratado, del alma racional y procuraba demostrar que no ha sido sacada de la fuerza de la materia sino que ha sido expresamente creada y que no basta que habite en el cuerpo humano para dirigir sus miembros como un piloto su navío. Es preciso que alma y cuerpo estén unidos íntimamente, formando un todo homogéneo, el hombre racional. Me extendía un poco al tocar esta materia porque es verdaderamente trascendental. Después del error, que ya hemos refutado debidamente, de los que niegan á Dios, ningún otro contribuye tanto á desviar los espíritus del camino recto de la verdad, como el que sostiene que el alma de las bestias es de la misma naturaleza que la nuestra y, por consecuencia, que nada podemos esperar ni temer después de esta vida porque las moscas ni las hormigas esperan ni temen nada. En cambio, cuando se comprende la diferencia que media entre una y otra, se entienden mejor las razones que prueban que la nuestra, por su naturaleza, es enteramente independiente del cuerpo y, por consiguiente, no está sujeta á morir con él. Y finalmente, no habiendo otras causas que la destruyan, el recto juicio se inclina á creer en su inmortalidad.

## SEXTA PARTE

Tres años hace que terminé el tratado que contiene lo que acabo de exponer, y comenzaba á revisarlo para entregarlo á la imprenta, cuando me enteré de que personas muy respetables, cuya autoridad sobre mis actos no puede mucho menos que la de mi propia razón sobre mis pensamientos, habían reprobado una opinión de física emitida poco antes por otro que de estos asuntos se ocupaba. No quiero decir que participase de esa opinión, pero sí he de hacer constar que no imaginé que fuese perjudicial á la religión y al Estado, y supuse que nadie me hubiera impedido expresarla si la razón así me lo hubiera dictado. Llegué á temer que alguna de mis opiniones fuera errónea, á pesar de que nunca acepto sino lo que compruebo por demostraciones que no dejan lugar á duda, y que en mis escritos se hubiera deslizado algo que pudiera perjudicar á alguien. Por eso abandoné el propósito que tenía de publicarlos; además de estas razones tan fundadas, mi odio al oficio de escribir libros, hizo que yo encontrara otras poderosísimas, suficientes para que no imprimiera mi tratado, si las primeras no hubieran servido para convencerme por completo. Estas razones son de un carácter tan especial que me creo en el deber de exponerlas porque no dejan de ser interesantes.

Nunca me he jactado de las ideas que mi inteligencia me ha sugerido, y mientras de mi método no he recogido más fruto que el explicarme algunas dificultades relativas á ciencias de especulación y regir mis costumbres por las reglas que la razón me dictaba al aplicar ese método, no me he creído obligado á escribir nada sobre él, porque en lo referente á las costumbres hay una diversidad de opiniones tan grande que

bien se puede afirmar que hay tantos moralistas como inteligencias, y aunque mis especulaciones me agraden mucho he pensado que á los demás las suyas pueden parecerles tan bien como á mí las mías. Pero tan pronto como adquirí nociones generales relativas á la física, y comencé á experimentarlas en distintas dificultades concretas, vi hasta donde podían conducirnos y cuánto diferían de los principios de que nos hemos hasta ahora servido; pensé que no debía tenerlas ocultas sin pecar contra la ley que nos obliga á procurar por los demás tanto como por nosotros mismos. Esas nociones me hicieron ver que es posible llegar á la adquisición de conocimientos utilísimos para la vida, y que, en lugar de la filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una filosofía eminentemente práctica, por la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todo lo que nos rodea, tan distintamente como conocemos los oficios de nuestros artesanos, aplicaríamos esos conocimientos á los objetos adecuados y nos constituiríamos en señores y poseedores de la Naturaleza.

Y no sólo me refiero á la invención de una infinidad de artificios, que nos proporcionarían sin trabajo alguno el goce de los frutos de la tierra é innumerables comodidades; me refiero especialmente á la conservación de la salud, que es sin duda el primer bien y el fundamento de todos los bienes de esta vida; porque hasta el espíritu depende de tal modo de la disposición de los órganos del cuerpo, que si es posible encontrar algún medio de que los hombres sean buenos é inteligentes, creo que ese medio hay que buscarlo en la medicina. Verdad es que la de ahora contiene muy pocas cosas que tengan tanta importancia, pero — y digo esto sin el menor intento de menospreciarla — nadie se atreverá á poner en duda que lo que se sabe es una cosa insignificante comparada con lo que queda por saber, y que podríamos librarnos de infinidad de enfermedades y hasta del debilitamiento de la vejez, si se tuviera un exacto conocimiento de sus causas y de los remedios de que nos ha provisto la Naturaleza. Teniendo el propósito de dedicar mi vida á la in-

indagación de una ciencia tan necesaria y habiendo encontrado un camino que juzgo infalible para encontrarla, á no ser que me lo impidiera la brevedad de la vida ó lo defectuoso de las experiencias, creí que el mejor procedimiento para vencer estos dos obstáculos era el de comunicar fielmente al público el resultado de mis trabajos, invitando á las inteligencias poderosas á seguir el camino por mí emprendido, contribuyendo cada uno según sus medios y sus aptitudes, á las experiencias que fuera necesario hacer y comunicando al público las investigaciones á fin de que los últimos comenzaran su labor en el punto adonde hubieran llegado los precedentes y de este modo uniendo las vidas y los trabajos de varios, llegáramos todos juntos mucho más lejos que cada uno en particular.

Observé asimismo que las experiencias son tanto más necesarias cuanto más se ha avanzado en el conocimiento. En los comienzos de la indagación, más que de experiencias raras y que exijan estudio, conviene servirse de las que por sí mismas se presentan á nuestros sentidos, y que á poco que se reflexione no se puede negar su evidencia. Las experimentaciones raras engañan frecuentemente, cuando todavía no se conocen las causas más comunes, y las circunstancias de que dependen son casi siempre tan particulares y tan pequeñas, que es difícil observarlas.

El orden que yo he seguido, ha sido el que en parte ya he indicado. En primer término he tratado de encontrar en general los principios ó primeras causas de todo lo que es ó puede ser en el mundo, sin considerar la existencia de más ser que la de Dios y sacando esos principios de verdades que estén naturalmente en nuestras almas. Después he examinado cuáles eran los primeros y más ordinarios efectos que pueden deducirse de esas causas; y por ese examen he encontrado cielos, astros, una tierra y sobre esta tierra, agua, aire, fuego, minerales y algunas otras cosas que son las más comunes de todas, las más sencillas y, por tanto, las más fáciles de conocer. Cuando he querido descender á las más particulares se me han presentado tantas y tan diversas, que no he creído que al espíritu humano fuera posible distinguir las formas ó especies de cuer-

pos que hay en la tierra de una infinidad de ellos que podrían existir si Dios hubiera querido crearlos, á no ser que indagáramos antes las causas, que conociéramos los efectos y nos sirviéramos de muchas experiencias particulares. Repasando en mi espíritu todos los objetos que se han presentado alguna vez á mis sentidos, no he hallado ninguno imposible de explicar fácilmente por los principios que he encontrado.

Mas, también debo confesar que no he observado ningún efecto particular sin que haya pensado en seguida, que puede ser deducido de varios modos. Es tan amplio y tan vasto el poder de la Naturaleza, y tan generales y tan simples los principios ó causas, que ellos sirven para justificar los diversos modos de la deducción de los efectos particulares. La mayor dificultad para mí consiste en saber qué modo es el verdadero. Para obviar esta dificultad no se me ocurre otro procedimiento que el de realizar algunas experimentaciones de manera que su resultado no sea el mismo, tratándose de formas distintas de deducción.

Me parece que sé cuáles son las experimentaciones que deben hacerse en cada caso para conseguir el efecto apetecido; pero son tantas y de tal índole que ni mis manos ni mi capital, y aunque fuera mil veces mayor, bastarían para verificarlas todas. Así es que el número de experiencias que haga, estará en razón directa de mi conocimiento de la Naturaleza. Por el tratado que había escrito y me proponía publicar quería hacer ver la utilidad de que todos los que desean el bien de los hombres en general — los que son realmente virtuosos y no de fama ni de apariencia — me comunicaran las experimentaciones que realizaran y me ayudaran á llevar á buen término las que quedan por hacer.

Otras razones me obligaron á cambiar de opinión; pensé que debía continuar escribiendo lo que juzgara de importancia á medida que fuera descubriendo su verdad, poniendo el mismo cuidado que si fuera á imprimirlo porque así tendría ocasión de examinarlo nuevamente. Además, quería imaginarme que lo escrito iba á ser criticado por el público, porque siempre se pone mayor cuidado al hacer una cosa que ha de ser

juzgada por muchos que cuando sólo ha de ser conocida de su autor. Si á esto se agrega, que muchas cosas que me parecieron ciertas cuando las pensé, al escribirlas me parecieron falsas se comprenderá los poderosos motivos que me impulsaron á continuar escribiendo mis indagaciones científicas. Hæciéndolo así quizá podría prestar algún día un buen servicio á mis semejantes; si mis investigaciones tenían algún valor, mis sucesores usarían de ellas en la forma más conveniente.

Lo que decidí firmemente no consentir, fué el que se publicasen viviendo yo, con el fin de que ni la oposición ni las controversias á que dieran lugar, ni siquiera el renombre que me proporcionaran, me hicieran perder el tiempo que quería emplear en instruirme.

Cierto es que todos estamos obligados á procurar tanto como por el nuestro por el bien de los semejantes, y que el que á nadie es útil, nada vale; pero no es menos cierto, que el efecto de nuestros esfuerzos ha de ir más allá de los años de nuestra corta vida, y, por tanto, que es lícito omitir lo que aportaría algún provecho á los que viven cuando otro provecho mayor pudieran obtener nuestros nietos como resultado de esa omisión.

Quiero que se sepa que lo poco que he aprendido carece de valor, comparado con lo que ignoro y no desespero de aprender. Á los que descubren la verdad en las ciencias, se les puede comparar á los jefes de los ejércitos cuyas fuerzas crecen en proporción á las victorias, que necesitan más esfuerzo para mantenerse después de la pérdida de una batalla que para tomar ciudades y provincias después de haberla ganado. Tratar de vencer todas las dificultades y todos los errores que nos impiden llegar á la consecución de la verdad, es trabar batallas con la ignorancia; y aceptar una falsa opinión relativa á una materia un poco general é importante, es perder una de esas batallas; y cuesta más trabajo volver al sitio que se ocupaba antes de la derrota, que hacer grandes progresos después de establecer principios inconcusos.

Si yo he encontrado algunas verdades en las ciencias (y yo espero que los que lean este volumen pen-

sarán que he hallado algunas) bien puedo decir que no son más que consecuencias de cinco ó seis principales dificultades que he vencido y que considero como otras tantas batallas en que he tenido la fortuna del triunfo. Y no temo decir que sólo me falta ganar dos ó tres batallas parecidas para llegar á la realización de mi designio; no soy tan viejo que desespere de tener á mi disposición el tiempo necesario para lograr lo que me propongo; pero por eso precisamente, porque tengo la esperanza de emplear bien los años de mi vida, es por lo que no quiero desperdiciarlos. Si publicaba los fundamentos de mi metafísica se me ofrecían mil ocasiones de perder el tiempo, porque aunque sus principios fueran evidentes, de tal modo que entenderlos y disputarlos, ciertos formarían una misma cosa, como es imposible que todos los hombres concuerden sus opiniones, no discrepando ni en los detalles siquiera, la oposición y las controversias me hubieran distraído de mi objeto principal.

Puede oponerse á mi manera de ver en esta cuestión, que la oposición y las controversias serían útiles porque me harían conocer mis faltas y servirían para aumentar el caudal de conocimientos de los demás, si en mi labor había algo bueno, y como muchos hombres ven más que uno solo las investigaciones de los otros facilitarían mi tarea científica. Aun creyéndome muy propenso á error, y eso que nunca me fío de las primeras ideas que las cosas me sugieren, la experiencia que tengo de las objeciones que de seguro habrían de hacerme, me impide esperar ningún provecho de ellas. Conozco, por desgracia, los juicios de los amigos, de los que yo creía indiferentes y hasta los de algunos cuya malignidad y envidia, sabía yo que tratarían de descubrir lo que el afecto de los amigos había ocultado; y nunca se me ha objetado algo que yo no hubiera previsto. Todos mis censores me han parecido menos rigurosos ó equitativos que yo. Además, nunca he visto que por el procedimiento de discusión, que se practica en las escuelas, haya sido descubierta una verdad de alguna importancia; todos tratan de vencer en la contienda, y más que del valor efectivo de las razones alegadas por una y otra parte, se preocupan de

la apariencia; sin contar que los que han sido buenos abogados no por esto son mejores jueces.

La utilidad que los demás recibirían con la comunicación de mis opiniones no sería muy grande; aparte de que no he ido tan lejos que no tuviera necesidad de añadir otras cosas, precisas para que mis pensamientos hallaran una realización completa en la práctica. Y pienso poder decir, sin ninguna vanidad, que si hay alguien capaz de llevar á término esa empresa, ese alguien soy yo. En el mundo hay multitud de inteligencias incomparablemente superiores á la mía; pero el que inventa algo, sabe concebirlo y hacerlo suyo mejor que el que lo aprende de otro. Con frecuencia he explicado algunas de mis opiniones á personas inteligentes y mientras hablaba parecían comprenderme perfectamente, pero poco después, cuando esas personas querían repetir mis ideas, las alteraban por completo y decían verdaderos contrasentidos. Por esto yo ruego á nuestros nietos que no crean que es mío sino aquello que yo mismo haya divulgado. No me extraña que á filósofos antiguos cuyos libros no han llegado hasta nosotros les atribuyan las mayores extravagancias; ni tampoco que sus libros hayan sido tan mal interpretados que se les suponga autores de atrocidades impropias de todo aquel que conserva equilibrada su razón. Los grandes cerebros no son comprendidos por los hombres de su tiempo; y sus sectarios nunca han podido sobrepujarles. Estoy seguro de que los aristotélicos más entusiastas, se considerarían felices si tuvieran el conocimiento que tuvo su maestro de la Naturaleza, aunque fuera condición de no poder á aventajar nunca al gran filósofo griego. Esos sectarios son como la hiedra que rodea á los árboles, que nunca sube á mayor altura que ellos, sino que cuando llega al punto más alto, comienza otra vez á bajar. La manera de filosofar de esos fanáticos es muy cómoda para los espíritus medioceres; porque la obscuridad de las distinciones y principios de que se sirven, es causa de que hablen de todo con el mismo empaque que si lo supieran y de que sostengan lo que dicen sin que los más hábiles y sutiles polemistas puedan convencerlos. Se parecen en esto al ciego que para batirse sin desventaja

con uno que ve, lo llevara al fondo de una cueva muy oscura. Esos son los más interesados en que me abstenga de publicar los principios de mi filosofía, porque siendo tan sencillos y tan evidentes, su conocimiento equivaldría á hacer penetrar la luz en la cueva oscura en que se librase el combate.

Ni siquiera las inteligencias distinguidas abrigarán deseos de conocer los fundamentos de mi filosofía, porque si quieren saber hablar de todo y adquirir fama de doctos lo conseguirán fácilmente contentándose con las apariencias, con lo verosímil que se encuentra sin gran esfuerzo en todas las materias más importantes; la verdad en algunos casos se consigue poco á poco y con mucho trabajo, pero en otros hay que confesar sinceramente que la desconocemos por completo. Si, por el contrario, prefieren el conocimiento de la escasa verdad que posemos, á la vanidad de parecer enterados de todo, nada tengo que añadir á lo que llevo dicho.

Si esas inteligencias distinguidas son capaces de avanzar más que yo, con mayor razón lo serán para encontrar en sus investigaciones lo que yo creo haber encontrado en las mías, sobre todo si se tiene en cuenta que lo que me queda por descubrir es más difícil y está más oculto que lo que hasta aquí he descubierto. Además, su placer será mucho mayor si deben las verdades al propio esfuerzo y no al mío; y el hábito de la indagación, que comienza por las cosas más sencillas y pasa por grados á las más difíciles, será mucho más útil que todas mis instrucciones.

Por lo que á mí respecta, estoy plenamente convencido de que si desde mi primera juventud me hubieran enseñado las verdades, cuyas demostraciones he buscado después, y no hubiera necesitado de un gran esfuerzo mental para aprenderlas, hubiera sido incapaz de hallar otras verdades por mi cuenta y no tendría el hábito y la facilidad de encontrarlas cuando aplico mi actividad mental á la adquisición de nuevos conocimientos.

En una palabra, si existe en el mundo alguna obra que no pueda ser terminada por nadie más que por el que la empezó, esa obra es la mía.

Cierto es que un hombre no puede practicar por sí solo todas las experimentaciones necesarias para la feliz realización de mi propósito; pero también es cierto que, aparte de las mías, las únicas manos utilizables para esta empresa son las de las gentes impulsadas por el afán del lucro, medio efficacísimo para que se ajustaran por completo á mis prescripciones. Los que por curiosidad ó deseo de aprender se prestaran gustosos á ayudarme, más que resultados prácticos me ocasionarían molestias porque por lo general estos entusiastas prometen mucho y dan poco, conciben muchas ideas inadmisibles que por cortesía hay que escuchar, y ya que no obtengan ningún provecho material, aspiran á ser recompensados con afables cumplidos y conversaciones inútiles. En una palabra, que sería perder el tiempo lastimosamente.

Cuanto á las experimentaciones hechas por otros, y comunicadas por sus autores, he de decir que la mayor parte de ellas se componen de tantas circunstancias é ingredientes superfluos, que el entresacar la verdad es tarea difícil y muy expuesta á errores; además, están tan mal explicadas por lo general, y tan falseadas por el empeño de adaptarlas á determinados principios, que aun en el caso de que algunas fuesen ciertas, el trabajo de distinguir las de las falsas, sería mucho mayor que el provecho obtenido para la indagación científica.

Si en el mundo existiera un hombre capaz de encontrar verdades de gran trascendencia, y, por consiguiente, de gran utilidad general, es indudable que los demás tendrían la obligación de ayudarle en su magna empresa; pero yo no encuentro mejor procedimiento para auxiliarle eficazmente que el de contribuir á los gastos de experimentación é impedir que perdiera el tiempo, atendiendo á los importunos que siempre molestan. Yo no presumo de ofrecer cosas extraordinarias, ni soy tan vanidoso que crea que el público se preocupa de que mis propósitos lleguen á su completa realización, y por eso no he querido aceptar ningún favor del cual se pudiera pensar que no era merecido.

Todas estas consideraciones reunidas, fueron la causa de que, hace tres años, no quisiera divulgar el

tratado que tenía entre manos y de que formara la resolución firmísima de no publicar mientras viviera ningún libro que pudiera hacer comprender los fundamentos de mi física. Pero después he tenido dos razones que me han movido á publicar algunos ensayos particulares y á dar alguna cuenta al público de mis actos y de mis propósitos.

La primera de esas razones es la siguiente :

Algunos están enterados de la intención que abrigué de imprimir algunos de mis escritos, y podrían figurarse, cuando yo muriera, que el motivo que tuve para no publicarlos, era harto desfavorable para mí. Yo no amo la gloria con apasionamiento; mejor diría que la odio, porque la juzgo contraria al reposo, el cual estimo sobre todas las cosas. No por eso he tratado nunca de ocultar mis acciones, como si fueran crímenes, por que esto me hubiera proporcionado molestias, contrarias á mi deseo de una vida tranquila. Siéndome completamente indiferente el que me conocieran ó no, me ha sido imposible evitar cierta reputación que he adquirido y que me obliga á procurar que no sea desfavorable á mi persona.

La segunda razón que me ha impulsado á escribir, es tan importante como la primera. Cada día que pasa me persuado con mayor evidencia del retraso que tiene que sufrir mi propósito de saber la verdad, á causa de la infinidad de experiencias que necesito practicar y que no puedo hacer sin la ayuda de los demás, sin que esto quiera significar que me jacto de inspirar al público interés decidido por mis trabajos. No quiero que algún día se me censure porque he tenido la culpa de que no se hayan hecho grandes cosas que hubieran prestado á los hombres una utilidad extraordinaria, si yo en lugar de guardar el secreto hubiera manifestado mi designio y solicitado el concurso de los demás para llevarlo á feliz término.

He pensado que debía elegir algunas materias que sin ser susceptibles de grandes controversias y sin que me obligaran á declarar más de lo conveniente sobre los principios que sirven de fundamento á mi metafísica, hicieran ver claramente lo que puedo ó no puedo realizar en el campo de la ciencia.

No sé si he conseguido lo que me proponía : no quiero prevenir á los lectores hablando de mis escritos; pero tengo interés en que sean leídos por todos. Suplico á los que deseen hacer alguna objeción á mi doctrina que se tomen la molestia de enviarla por escrito á mi editor, el cual me la remitirá y yo contestaré á ella con sumo gusto. Prometo que las respuestas á las advertencias y objeciones que se me dirijan, no serán extensas. Confesaré mis faltas con toda sinceridad si llego á convencirme de que he incurrido en algún error; y si los argumentos no me persuaden de mi error, expondré con sencillez lo que crea conveniente á la defensa de mis ideas, sin mezclar con esta defensa la explicación de otra materia, para no complicar la cuestión.

Si algunas de las materias de que me ocupo al comienzo de la *Dióptrica* y de los *Meteoros*, extrañan á primera vista porque las denomino suposiciones y no nuestro deseo de probarlas, tenga el lector la suficiente paciencia para llegar hasta el fin y espero quedará satisfecho, porque las razones se enlazan de tal modo en esas cuestiones, que si las últimas son demostradas por las primeras, que son las causas, estas primeras lo son recíprocamente por las últimas, que son sus efectos. Y no se piense que cometo la falta que los lógicos llaman círculo vicioso. La experimentación nos muestra como ciertos, esos efectos, y las causas de que los deduzco, sirven más para explicarlos que para probarlos; son las causas las probadas por los efectos. Si les he dado el nombre de suposiciones ha sido con el fin de que se sepa que espero poderlas deducir de las verdades primeras que ya he expuesto. Y si no lo he hecho expresamente desde el principio, es porque quiero evitar que ciertos espíritus — que creen que en un día saben lo que á otro le ha costado veinte años de continuos trabajos, y que oyendo dos palabras piensan haberlo oído todo — aprovechen la ocasión de construir alguna filosofía extravagante, fundándose en principios que sin ser míos me los atribuyan, haciéndome responsable de los errores que contengan.

Nunca he tratado de excusarme, cuando mis opiniones han sido calificadas de nuevas, entre otras razones, porque tengo la completa seguridad de que

examinándolas con algún detenimiento se llegará al convencimiento firme de su sencillez y de su conformidad con el sentido común, hasta el punto de que han de parecer menos extraordinarias y raras que otras que sobre el mismo asunto se sustenten.

Tampoco pretendo pasar por original. Las ideas que profeso no las defiendo porque otros las hayan defendido, ni porque hayan dejado de defenderlas; las profeso porque mi razón me dicta que son las verdaderas.

Si es imposible la ejecución rápida y feliz de la invención que en mi *Dióptrica* explico, no por eso se ha de afirmar que sea mala. Son muy grandes la habilidad y el hábito necesarios para construir y ajustar las máquinas que describo sin que falte ningún detalle. Hay, pues, que achacar á las dificultades de construcción, y no á la falsedad de mi idea, la carencia de comprobación completa y evidente. Con un gran instrumento, posible es que un profano en cuestiones de música toque el laúd; y, sin embargo, no por eso diremos que ha aprendido el manejo de ese instrumento; podremos afirmar que el laúd es excelente, pero nada más.

Escribo en, francés, que es la lengua que se habla en mi país, y no en latín, que es la lengua usada por mis preceptores, porque creo que los que se sirvan de su razón natural comprenderán mi ideas mucho mejor que los que sólo dan crédito á los libros antiguos; y los que, además de buen sentido, tengan el hábito del estudio (éstos son los que desco por jueces) no serán tan parciales por el latín que no quieran escuchar mis razonamientos porque los expongo en lengua vulgar.

No hablo aquí de los progresos á que puedo dar lugar en el porvenir de las ciencias, porque no soy partidario de hacer promesas cuando no tengo la absoluta seguridad de cumplirlas.

Sólo diré que he resuelto emplear el tiempo que me quede de vida en tratar de adquirir algún conocimiento de la naturaleza, de tal índole que puedan deducirse reglas para la medicina, más seguras que las aplicadas hasta ahora; y que mis aptitudes y convicciones me alejan con tanta obstinación de todo aquello que, siendo útil para algunos, es perjudicial para otros, que tengo la arraigadísima creencia de que si empleara mis facul-

tades en ese sentido, no obtendría el resultado positivo que es consecuencia de todo lo que se hace bien.

Sé perfectamente que no sirvo para llamar sobre mí la atención del público, ni para que me consideren como una celebridad. No aspiro á eso. Más agradecido quedaré á los que me dejen disponer de mis días con la libertad más absoluta, que á los que vinieran á ofrecerme los puestos más visibles y honrosos del mundo.

---